

La Amistad: Una perspectiva Psicoanalítica

En homenaje a la Memoria de Rodolfo Iurono

Hablar de la amistad, sí, pero ¿cómo situarla sin hacer de ella, el objeto de un circunstancial deleite destinado a consumirse en los ratos de tiempo libre, tal como nos lo muestra e impone alguna que otra bondadosa publicidad?.

¿Por qué sesgo acompañarle para no confundirla con la utilidad propia de lo empresarial, cuyo objetivo es hacer de los amigos números y de la amistad un capital?.

Partiré y no sin cierta dificultad, de un punto desde el cual considero se funda la amistad. Me refiero al desamparo estructural, que el sujeto encuentra luego de haber recorrido el laberinto significativo en el que se anudó su vida y que nada ni nadie podrá ya curar.

Tocar hasta su término qué es y qué no es, formará parte de “un hacer” esas llamadas cuentas claras, que como suele decirse, conservan la amistad.

La experiencia de desasosiego absoluto no hallará en el prójimo la oportunidad de una “ayuda”, tampoco la ocasión de “ayudar”.

Esa singular relación con la muerte propia, que deviene de la inconsistencia del Otro, fallará siempre frente al intento de una construcción axiológica sostenida en lo moral.

La articulación del sujeto a los intereses propios de una comunidad, revelará invariablemente un grado de tensión que no superará la propuesta de ningún ideal. Aún en los totalitarismos aparentemente más consistentes, la búsqueda de un feliz estado de armonía o sintonía no cesará de fracasar.

*Ma l'eston
en la cultura*

Menudo problema dirá Derrida, se establece cuando se trata de sacar consecuencias de una mutualidad en el campo moral y político. ¿Cuál será? Se pregunta, el alcance de un pensamiento o una experiencia del philéin que no respete más las reglas de reciprocidad, intentando definirse desde la disparidad, la heterogeneidad, la disimetría, la desproporción, la incommensurabilidad, en fin, una experiencia fuera de toda medida y por lo tanto de toda simetría.

Su respuesta apuesta a una democracia aún por venir, en la que pueda pensarse una igualdad que no sea incompatible con cierta asimetría, con la heterogeneidad o la singularidad absoluta¹.

Convengamos que más allá de cualquier bienaventurada intención, la amistad designada como un bien para todos es una espinosa cuestión.

“Mi egoísmo, destacará Lacan, se satisface muy bien con cierto altruismo, el que se ubica a nivel de lo útil, y es precisamente el pretexto mediante el que evito abordar el problema del mal que yo deseo y que desea mi prójimo ...”.

“Lo que quiero es el bien de los otros a imagen del mío. Eso no cuesta muy caro. Lo que quiero es el bien de los otros a condición de que siga siendo a imagen del mío”.

Estas reflexiones de Lacan, cuyos antecedentes por citar sólo algunos, encuentran como exponentes a Nietzsche, Freud y Marx, inauguran una escuela de la sospecha que en este caso y respecto al tema de la amistad cuestiona cualquier presunción de certeza que se desee imponer en el plano cognitivo y moral. Es evidente – y en esto no hay Cicerón que no falte para legislar – que aquello que suponemos indudablemente bueno y para todos justo, es frecuentemente el resultado de enmascaramientos producidos por los juegos del inconsciente o por las mistificaciones de una ideología al servicio de su permanencia y bienestar.

¿Será que el hombre tal como lo plantea Vattimo deberá habituarse a vivir en una situación en la que ya no exista garantía alguna ni certeza fundamental?. No es seguro, que ese pasaje hacia la "cultura de la Nada", cuyo prototipo es el hombre de buen carácter, acostumbrado a convivir con la ausencia de garantías y en contacto con lo más profundo de su soledad, resulte de un acuerdo de partes que tomen como base las convenciones, el respeto y la piedad.

Guiándonos no sólo por la lectura de Freud o la de Lacan, sino teniendo en cuenta especialmente la trágica historia de nuestra humanidad, bien podríamos decir que ese ideal de acuerdo, sostenido en la compasión y en la solidaridad – suerte de amistad existencial, armonía de todos con todos – ese Ideal mal que nos pese, no se dá. En tanto hablante padeceremos irremediabilmente del Mal-Estar. Subrayemos entonces que esta experiencia del desasosiego absoluto, en tanto experiencia de valor singular, no por hallarse en la base de toda probable amistad, es trasladable cual precepto a las normas que regulan el espacio social.

Una breve cita extraída de una carta que Nietzsche le escribiera a su amigo el profesor de Filosofía Paul Deussen, servirá a los fines de sintetizar esta idea.

“No queremos tampoco convertir a nadie porque nos damos cuenta de que el abismo que nos separa de los demás es un abismo establecido por la naturaleza” (1870)

Allí creo, se podría leer la ex – sistencia en tanto Real.

¿No posibilitará quizá esa experiencia, el silencio mayúsculo en el que la conversación entre amigos se inspira?

Silencio que se hace palabra capaz de expresar la confidencia, el llanto o la risa, silencio que cuando es silencio no se lo busca llenar con la comodidad del sentido.

Confrontación de cada uno – aunque no necesariamente en el mismo momento o en igual tiempo – con ese hiato insalvable del cual la amistad recibe dignidad y alivio.

Práctica de la amistad, abierta a una discreción respetuosa que exige renunciar a hacer del prójimo espejo o Narciso. La conquista de la llama de la amistad, sólo será posible si se renuncia al goce de extinguir en el prójimo la marca que inscribe su singularidad.

Las vueltas que cada amigo pega por la Nada que circunscribe y define su relación a la falta en el Otro junto con el particular modo de transmitirlo – Estilo - constituyen a mi entender, los pilares de una elección que trascienda la fascinación y el hechizo. Exhalatación del semejante que por situarse en el origen del amor humano, suele

6

deslizar a la amistad hacia la satisfacción narcisista. Ya sea por las vías del Ideal del Yo – aquel que sólo quiere mi bien – o por la del Yo que se toma por el Ideal – es decir, aquel que nos priva – la castración, será en ambos casos, lo que se evita.

Forma de amistad – y permítanme colocarla entre comillas – cuya trama de reflejos devendrá causa de deleite dedicado a la vista.

Podríamos decir que una amistad de tal suerte sostenida, supondrá al amigo proveedor de lo que se necesita.

La voz del amigo, esa apertura de la palabra por la cual se suelta, será reducida a ser arrullo que se muscita.

La voz del amigo no debe confundirse con el rumor percibido por la oreja del animal, o con el órgano de la audición. Es la del amigo, una voz esencialmente comprensible, efecto de discurso donde el orden significante hace posible entre otras cosas, el chiste.

¿Es definible una amistad como tal si ésta no es capaz de tolerar un chiste?

Buena oportunidad para aclarar entonces, que esa valentía para sportar la intolerable relación con el Ser Supremo – que según Lacan en Aristóteles es manifiestamente mítico – no tiene necesariamente por cualidad lo solemne o lo triste.

El “dios desconocido” al que alude Nietzsche, no crea solamente al amigo, además otorga altura y singularidad a la amistad. (Carta a Erwin Rohde, Enero de 1869)

Amistad que en el encuentro con el semejante, ni va de suyo ni es natural, requerirá de una labor psíquica – sublimación- que le confiera tal dignidad.

Es desde esos bordes de ausencia que contornean y delimitan la palabra del amigo, que se juega la elección de una presencia que no demanda a la prestancia o a la vanidad.

La renuncia a la fascinación del cuerpo de cada uno, dará cuerpo a la amistad.

Si el amigo no tiene, tal como plantea Derrida, la visibilidad de alguna figura determinada, ni un estatuto subjetivo, personal o sexual, ¿será posible situar más allá de su fantasma su lugar?

Anunciaba Nietzsche, en boca de su Zarathustra que “más alto que el amor al próximo es el amor a lo lejano, a lo siempre por venir”.

Absteniéndose de predicar el amor al prójimo porque ese amor era el mal amor a sí mismo. Un Tú más viejo que el Yo que pone al hombre diligente en pos del próximo.

Tú de devoción que Lacan considera guarda en sí, “la tentación de domesticar al Otro, al Otro prehistórico, al Otro inolvidable, al Otro

que arriesga sorprendernos de golpe y precipitarnos desde lo alto de su aparición”.

“Tú de domesticación que nada domestica. A ese Tú de vana encantación, de vana vinculación, corresponde lo que puede ocurrirnos cuando alguna orden nos llega de más allá del aparato donde bulle aquello que en nosotros nos hace tener que ver con das-Ding”.

Presencia de una lejanía que la distancia geográfica no necesariamente complica. Cuando ocurre que la distancia va en desmedro de la amistad, es porque ésta sólo se sustentaba en la cercanía. No trataremos por tanto a la distancia como si ésta fuese un obstáculo, ni la concebiremos como una condición de posibilidad.

Para obtener correspondencia de un amigo no hace falta hacerlo viajar, estar cerca o lejos no garantizará que su voz y su mirada se transformen en letra que escriba su singularidad.

El reconocimiento y el respeto que se da en la elección de un amigo, no implica un acuerdo en la añoranza del Ser, sino la aceptación de que ese Ser en tanto Ser, falta.

Decir que la amistad participa de una cierta exterioridad, de un punto de lejanía, no compromete a la nostalgia y menos aún a la melancolía.

Imprime como dirá Benjamin, Aura a la amistad.

Será la amistad entonces, el acontecimiento que celebra al Uno de cada uno sin fundirlo al uno mismo.

Para finalizar, permítanme parafrasear lacanianamente esa frase que Diógenes Laercio atribuyó a Aristóteles y decir: "Oh amigos, no hay El amigo. Hay un amigo, otro amigo, y algunos otros, un amigo más."

José Grandinetti

1994

(Mesa redonda realizada en la Escuela Freudiana de la Argentina, publicado en 1995 en el diario "La Prensa").